

GARRISON Y EL CASO KENNEDY

EL asesinato del Presidente Kennedy, ¿fue consecuencia de un complot? La pregunta no cesa de martillar las sienes del mundo desde hace cuarenta meses. Varias docenas de libros importantes, unos centenares de libros secundarios, algunos millares de artículos, han tratado de responder a esta pregunta. De una manera que puede considerarse unánime, la opinión pública mundial respondió desde el primer instante, y respondió que sí, que hubo complot. En los Estados Unidos se ha tardado más tiempo en poner en marcha el motor de la duda. Un cierto reflejo de necesidad, de confianza en las instituciones democráticas, incluso de patriotismo, podía incitar en aquel país a aceptar simplemente las tesis oficiales, emitidas con toda precipitación cuando la sangre estaba aún caliente. Ahora, una encuesta de la opinión pública —efectuada por la organización Luis Harris— muestra que el 44 por ciento de los norteamericanos —frente al 33 por ciento, y con un 21 por ciento de personas sin opinión— estiman que hubo, en efecto, complot; el 59 por ciento estiman que «no todas las cuestiones han sido resueltas» —30 por ciento creen que sí, 11 por ciento no opinan—. Sin embargo, la mayoría de los consultados —58 por ciento— estiman que es inútil realizar una nueva investigación. En esta contradicción de mayorías se puede encontrar la inquietante constatación de que un cierto número de ciudadanos de los Estados Unidos estiman que su destino histórico ha sido torcido por una fuerza clandestina, de la que dependen incluso sus vidas y las de sus descendientes, y que consideran mejor dejarlo todo como está. Ciertamente un ciudadano de Estados Unidos que cree en la existencia de un complot se coloca automáticamente en una situación de complicidad. Es una consecuencia de la moral de nuestro tiempo, y arranca prácticamente desde la derrota de la Alemania nazi y la serie de inculpaciones realizadas entonces. Nadie puede declararse inocente si acepta una situación culpable. La idea de la culpabilidad colectiva ha sido recientemente popularizada por los psicólogos sociales. Es una idea enteramente democrática. Como tantas ideas mo-

rales, su fallo esencial es que trata de responsabilizar al individuo —parte de la colectividad— de situaciones en las que precisamente se le priva de instrumentos para manifestarse. Robert Escarpit explicaba recientemente en «Le Monde», con una ingeniosa imagen, que un individuo es perfectamente palpable dentro de una colectividad: un votante francés entre 27 millones de votantes representa lo mismo que un centímetro cúbico en una habitación de tres metros de ancho, tres de largo y tres de alto; es decir, algo perfectamente visible... La razón por la cual cientos de miles de ciudadanos norteamericanos se manifiestan continuamente contra la intervención de su país en el Vietnam obedece precisamente a esta nueva moral. Si no lo hicieran, se sentirían cómplices. Si cada uno de ellos pensase que su esfuerzo personal es inútil, que su centímetro cuadrado es invisible, habrían caído en el juego de los dictadores de la política.

La encuesta de Harris es anterior a la aparición de un nuevo y turbio personaje en el asunto ya profundamente turbio del crimen de Dallas. Me refiero al fiscal Jim Garrison, el «Big Jim» de Nueva Orleans, que trata de encarnar uno de esos personajes míticos que en las películas de la democracia teórica solía representar James Stewart: el solitario que se alza contra una vasta organización, contra los «lobbies», contra los grupos de presión. Esta apariencia de justiciero lanzó sobre él inmediatamente los focos de la atención mundial. Jim Garrison, el «gigante de la gelatina verde» como le llaman en Nueva Orleans, dio una conferencia de prensa en la que prometía que toda la verdad sería hecha. En unas semanas tendría en sus manos a los culpables del complot; luego fue aplazando sus objetivos, hasta llegar a decir que el desarrollo de la investigación podría durar treinta años. Garrison no tiene un historial brillante. Elegido en 1961 —su ambición era llegar al senado, más tarde a la vicepresidencia— su principal campaña fue la de moralización del viejo barrio francés, donde seis años después el alcohol, la prostitución, la inversión y las drogas siguen siendo los principales pilares de aquella so-



Garrison aparece como un personaje turbio, pero rodeado de una aureola mítica de quien se atreve a enfrentarse contra toda una organización.

ciudad. Se supo luego que una de las primeras víctimas de su persecución, un cabaretero de Bourbon Street, condenado a sesenta días de cárcel, fue dejado en libertad precisamente gracias a la intervención del propio Garrison, que aparentemente le había perseguido... Cuando esto se supo, era ya demasiado tarde: Garrison había sido elegido fiscal por segunda vez. Pero su carrera política parecía terminada. La gran farsa internacional que acaba de montar, puede favorecerle o puede hundirle para siempre. Pero, ¿ha actuado Garrison por espíritu de brillo, por ambición política, por llamar la atención? O, ¿hay algo más tras él?

Puede llegarse fácilmente a pensar que si hubo complot para asesinar a Kennedy, Garrison forma parte de este complot, consciente o inconscientemente. Su papel actual, en el momento en que crece cada día la presión para que se aclaren las circunstancias del crimen, en el momento en que una comedia en Nueva York parafrasea el «Macbeth», de Shakespeare, para presentar la lucha por el poder en Estados Unidos en términos medievales, la aparición de Garrison se lleva las pistas por otro camino, por un camino muy lejano, pero que ya se intentó, precisamente en las horas que siguieron al

por **EDUARDO HARO TEGGLEN**

magnicidio de Dallas y al asesinato de Oswald por Rubenstein, y se descartó inmediatamente por inverosimilitud: la culpabilidad castrista. Garrison no ha llegado a la denuncia concreta: se ha limitado a señalar unas pistas, unos nombres —Dante Marachini, Clay Shaw, Evaristo Rodríguez, el piloto David Ferrie muerto misteriosamente a las pocas horas de ser designado por Garrison— que han servido para que la acusación directa la realizase un periódico: «El Tiempo», diario de Nueva York en lengua española. «El Tiempo» hace aparecer un nuevo personaje turbio, Ruedolo Góngora —encerrado actualmente en un asilo de locos de Estados Unidos— que ya en diciembre de 1963 había ofrecido su testimonio para demostrar el origen cubano del complot. «Las revelaciones sensacionales del procurador de Nueva Orleans —escribe "El Tiempo"— confirman las declaraciones de Ruedolo Góngora», y concluye: «Decididamente, fue Castro quien ordenó el asesinato de Kennedy».

Garrison se mueve en el mundo oscuro del vicio de Nueva Orleans. Sus acusados, sus detenidos, pertenecen a un submundo moral. Que, ciertamente, era el mundo de Oswald, de Rubenstein. Pero que ciertamente también es el mundo más fácil de manejar para un fiscal o para un jefe de policía. «El Tiempo», paralelamente, se encarga de las acusaciones más sensacionales, de mayor altura

Las circunstancias históricas, evidentemente, no coinciden con la tesis. Si alguien no tenía interés en que desapareciera Kennedy en aquel momento, era precisamente Fidel Castro: Kennedy había limitado la movilidad de los grupos anticastro de Miami, había iniciado la coexistencia con la URSS tras la crisis de los cohetes, había contenido los intentos de invasión de Cuba minuciosamente elaborados y que debían realizarse precisamente como consecuencia del descubrimiento, minuciosamente preparado también, de la existencia de rampas de lanzamiento de cohetes en la isla de Cuba. La decisión de Kennedy de pactar con Kruschev había decepcionado a todos los «ultras» de Estados Unidos —como la decisión de Kruschev de pactar con Kennedy decepcionó a los «ultras» del comunismo, como Albania y China—, y el Presidente estaba siendo acusado perpetuamente por la derecha. El desarrollo posterior de la política americana ha sido un desarrollo de derechas: mayor inmovilidad con respecto a la URSS, apertura de desafío a China, intervención en el Vietnam, intervenciones en Hispanoamérica, contención en la expansión neutralista del «tercer mundo», negativa a las iniciativas francesas, crecimiento de los presupuestos militares... La lista podría prolongarse notablemente. Para la opinión pública, este desarrollo posterior de la política de los Estados Unidos puede indicar fácilmente la dirección del «complot», si es que lo hubo. Difícilmente podrá tomar la dirección contraria.

¿Cuál puede ser el alcance de la farsa de Garrison? Sin ningún elemento serio de investigación, sin testigos válidos, operando en un medio corrompido y con personajes maleables, es difícil que pueda llegar a ninguna consecuencia. Lo sabe Garrison y lo saben quienes lo apoyan. Pero todo este caso Kennedy parece estar movido por un mismo espíritu de organización: crear continuamente las dudas, crear confusiones, embarullar las pistas, abrir mil caminos. La encuesta de Garrison es un útil medio —su utilidad se ha demostrado en la acogida inmediata que ha tenido en el mundo entero— para continuar dispersando cualquier posibilidad de encontrar la última verdad.